

TEJER REDES

Manuel María Bru Alonso

Tejer redes

para promover la cultura del encuentro

1ª edición: octubre 2026

© 2026, Manuel María Bru Alonso

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

Foto de cubierta: © Vatican Media

© 2026, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-713-1

Justamente porque «cultura» evoca «cultivo», como sugiere la raíz etimológica que ambos términos comparten, estamos llamados a preguntarnos qué es lo que hoy sembramos, qué es lo que florece y qué se marchita silenciosamente en nuestra sociedad; qué valores estamos preservando y cuáles estamos dejando morir. Son preguntas profundas, necesarias y que no pueden ser ignoradas. Para atender a estos interrogantes, es menester un diálogo social que podemos comparar con el arte de tejer redes, que implica encuentro, escucha, diálogo y respeto.

LEÓN XIV

Discurso en el Encuentro

*Tejer redes con representantes del mundo de la cultura,
el arte, la economía y el deporte*

Madrid, 7 de junio de 2026

Necesitamos entramar una sociedad renovada donde la cultura custodie la memoria y favorezca el diálogo. La visita del Santo Padre abrió nuevos espacios de encuentro con el mundo de la cultura, la universidad, la empresa, la política, la comunicación y las instituciones públicas. Queremos cuidar esos vínculos, tejer redes y hacer que den fruto. Consolidaremos los equipos y espacios de diálogo surgidos con ocasión de la visita papal, favoreciendo una presencia pública de la Iglesia caracterizada por la escucha, el respeto, el servicio al bien común y la construcción de la paz. Deseamos contribuir a una cultura del encuentro capaz de superar la polarización y de promover una convivencia centrada en la dignidad de toda persona. Madrid necesita una Iglesia que dialogue sin miedo, que escuche antes de responder, que construya puentes allí donde otros levantan muros y que anuncie el Evangelio con un lenguaje cercano, sereno y esperanzador.

CARDENAL JOSÉ COBO

Alcemos juntos la mirada.

*Generar discípulos, construir comunidad
y anunciar el Evangelio*

Líneas pastorales 2026-2027

Madrid, 17 de julio de 2026

Siglas

AL	FRANCISCO, exhortación apostólica <i>Amoris laetitia</i> (19 de marzo de 2016)
CiV	BENEDICTO XVI, carta encíclica <i>Caritas in veritate</i> (29 de junio de 2009)
CV	FRANCISCO, exhortación apostólica <i>Christus vivit</i> (25 de marzo de 2019)
DT	LEÓN XIV, exhortación apostólica <i>Dilexi te</i> (4 de octubre de 2025)
EG	FRANCISCO, exhortación apostólica <i>Evangelii gaudium</i> (24 de noviembre de 2013)
EN	PABLO VI, exhortación apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i> (8 de diciembre de 1975)
FT	FRANCISCO, carta encíclica <i>Fratelli tutti</i> (3 de octubre de 2020)
GS	CONCILIO VATICANO II, constitución apostólica <i>Gaudium et spes</i> (7 de diciembre de 1965)
IM	CONCILIO VATICANO II, decreto <i>Inter mirifica</i> (4 de diciembre de 1963)
LS	FRANCISCO, carta encíclica <i>Laudato si'</i> (24 de mayo de 2015)

MH	LEÓN XIV, carta encíclica <i>Magnifica humanitas</i> (15 de mayo de 2026)
PE	FRANCISCO, constitución apostólica <i>Praedicate Evangelium</i> , sobre la Curia Romana y su servicio a la Iglesia en el mundo (19 de marzo de 2022)
PP	SAN JUAN XIII, encíclica <i>Princeps pastorum</i> (28 de noviembre de 1959)
RM	JUAN PABLO II, carta encíclica <i>Redemptoris missio</i> (7 de diciembre de 1990)
SC	CONCILIO VATICANO II, constitución apostólica <i>Sacrosanctum concilium</i> (4 de diciembre de 1963)
TR	LEÓN XIV, discurso en el encuentro <i>Tejer redes con representantes del mundo de la cultura, el arte, la economía y el deporte</i> , Movistar Arena, Madrid (7 de junio de 2026)
VD	BENEDICTO XVI, exhortación apostólica <i>Verbum Domini</i> (30 de octubre de 2010)
VG	FRANCISCO, constitución apostólica <i>Veritatis gaudium</i> (8 de diciembre de 2017)

Introducción

Con ocasión de la preparación de la visita del papa León XIV a Madrid, los organizadores del encuentro que tuvo lugar el 7 de junio de 2026 en un espacio de eventos sociales y deportivos de Madrid, el Movistar Arena, encuentro del que se hablará al final de estas páginas, después de estudiar varias posibilidades con las que nombrar este encuentro y que identificaran su singularidad, decidimos darle este título: *Tejer redes con el mundo de la cultura, el arte, la economía y el deporte*. En las redacciones previas hablamos de «encuentro con el mundo de la cultura y de la sociedad civil», pero luego decidimos reagrupar de entre los diversos ámbitos de la sociedad civil aquellos en los que el Santo Padre establecería un diálogo real con algunos de sus interlocutores.

Queriendo establecer un verdadero diálogo con quienes conforman estos dos identificadores sociales (la cultura y la sociedad civil), quisimos expresar que no se trataba únicamente de preparar una escenografía eventual o un encuentro fortuito, sino de establecer las bases de un espacio de permanente diálogo y de mutuo enriquecimiento, un punto de partida para retomar y reorientar *ex novo* un proceso para el que debíamos encontrar una analogía que lo definiese, pero

que al mismo tiempo lo dejase abierto a nuevos caminos que confluyesen en dicho espacio de diálogo permanente, y que a partir de ese momento podría orientar la pastoral con el mundo de la cultura en la Archidiócesis de Madrid.

Entonces nos vino esa bella imagen que ya formaba parte tanto del lenguaje de la Iglesia como del lenguaje de mundo, la imagen de quienes, como buenos y pacientes artesanos, saben unir en la diversidad, establecer relaciones «en red» pero sin enredar arrebujadamente a sus interlocutores ni ahogar coercitivamente la singularidad de las personas ni la identidad de las agrupaciones y de los ámbitos sociales que se interrelacionan. Se trataba de encontrar una imagen que mostrase cómo se genera algo nuevo, como hacen los hilos de un tejido o las cuerdas de una red. Y así fue como dimos con el término con el que titular también este texto que tienes en tus manos: «Tejer redes». Tejer redes con un propósito que encuentra en la palabra cultura un doble significado, material y formal en el clásico lenguaje aristotélico, o formativo y performativo, en el lenguaje analítico actual:

Por una parte, la cultura como espacio social, ese que está formado por aquellos ámbitos que promueven –pero que sobre todo explican– los cambios culturales en una sociedad. Ese tipo de procesos que, generándose tanto en la academia como en la opinión pública, condicionan con el tiempo el clima de opinión y el desarrollo del pensamiento colectivo, para

devenir al final en influencia para con la cultura que identifica a un pueblo o al mundo globalizado. Y en esta misma parte de su significado, la cultura como conjunción de espacios donde esta se expresa, ya sea espacios de comunicación como espacios de creatividad artística, literaria, escénica o plástica, que a la vez distinguen e identifican, expresan y dan testimonio de la cultura y de las culturas, siempre en proceso y en tránsito entre la continuidad y la discontinuidad de ideas y valores, imágenes del paisaje humano y cosmovisiones que le den sentido.

Pero, por otra parte, podíamos atender al significado de cultura que surge de la misma interlocución cultural, la cultura que une culturas, la cultura que promueve el diálogo y la integración, es decir, la interculturalidad por encima de la mera multiculturalidad o pluriculturalidad. La cultura con adjetivo que identifica componentes básicos (ideas y valores determinados, pero siempre abiertos a enriquecerse por el diálogo) y al mismo tiempo identifica formas con las que interactuar de modo constructivo con los diversos ámbitos culturales identitarios y sus diversas manifestaciones plurales. Es decir, la que desde el magisterio de la Iglesia se ha venido recientemente a proponer como *cultura del encuentro*.

Las próximas páginas –dígase desde el principio– no proponen una profusa reflexión sobre estos conceptos, aunque empecemos con una breve y sencilla aproximación a ellos, sino un camino que tiene un

punto de partida, el deseo de *tejer redes* en el diálogo en lugar de «líneas rojas». Y que tiene a su vez un punto de llegada, un fin, una meta, un objetivo: encontrarnos, entendernos y enriquecernos mutuamente gracias a este diálogo. Un camino de diálogo cultural e intercultural que, además, se vive tanto desde la cosmovisión cristiana como desde las diversas cosmovisiones laicas, como diálogo fe/cultura. Un camino que, si está definido por su meta, no está condicionado por su recorrido, siempre abierto a nuevas situaciones, a nuevas oportunidades y a nuevos desafíos.

Por tanto, con estas páginas, desde una comprensión básica y con el ofrecimiento de pistas concretas y viables para todos, proponemos la *cultura del encuentro*. Cultura del encuentro que surge en la Iglesia desde el corazón y el mensaje de los últimos sucesores de Pedro (Francisco y León XIV). *Cultura del encuentro* que, valientemente, se abre camino en medio de tantas «culturas del desencuentro». Y *cultura del encuentro* que deseamos emprender como principal desafío de la Delegación Episcopal de Cultura de la Iglesia que, peregrinando en Madrid, está llamada a dialogar con esa rica pluralidad de pensamientos conformadores de cultura y de expresiones y manifestaciones artísticas de una metrópolis que, como decía el papa Francisco, genera esos «nuevos paradigmas» culturales propios de las grandes ciudades del siglo XXI.

I. ¿Qué es la cultura del encuentro?

1. CULTURA, «CULTURAS DE» Y CULTURA PREDOMINANTE

Cultura y expresiones culturales

Cuando hablamos de cultura hablamos de muchas cosas, pero no siempre de lo que realmente –y fundamentalmente– es la cultura.

En general la palabra cultura se confunde con las expresiones culturales, y entre estas, únicamente con las expresiones artísticas, más allá de otro tipo de expresiones culturales fundamentales, como son el lenguaje (la lengua es sin duda la impronta más importante de una cultura), el modo de vestir, las fiestas populares o la gastronomía.

El origen de esta extrapolación del concepto está en el periodismo moderno, que divide las noticias en secciones informativas: nacional, internacional, política, economía, sociedad, deporte... y cultura. En esta sección –la sección de noticias culturales– de lo que se informa primordialmente es de novedades literarias, de los estrenos teatrales y cinematográficos, de conciertos o de las últimas producciones musicales, entre otras. Pero estas informaciones solo dan noticia de una

serie de expresiones culturales, no del *estado cultural* de una sociedad, no de sus transformaciones culturales, al menos no directamente.

Las manifestaciones culturales relacionadas con la literatura y las artes, tanto plásticas como escénicas, solo muestran la epidermis de una cultura, y solo algunas de ellas con perspectiva histórica llegan a mostrar el rostro o alguno de los rostros de una cultura. Además, estas manifestaciones están sujetas a la actualidad, conforman lo que los medios de comunicación denominan la agenda cultural, que además está determinada por la información local. Pocas son capaces de «romper» esta agenda, y entre estas, pocas pueden llegar a considerarse, con el paso del tiempo, «obras clásicas» y, por ende, señeras de la cultura de un tiempo y de un lugar sociológicos determinados.

Por supuesto, las manifestaciones y las expresiones culturales son insoslayables para conocer y entender la cultura de un pueblo, de una sociedad concreta, o de un mundo también culturalmente globalizado. Pero creer que la cultura se reduce a las expresiones culturales y, de estas, las que se dan a conocer en la información periodística, sería un dislate. Respondería no solo a un reduccionismo temático, sino también a un reduccionismo temporal, que reduciría la cultura a algo esencialmente efímero, cuando, en realidad, si algo tiene la cultura es su vocación de permanecer en el tiempo, de convertirse con el tiempo en tradición cultural. Estaríamos, por tanto, ante una visión bastante

efímera de la cultura, encerrada en la fugaz, momentánea y perecedera actualidad, cuando las culturas, por principio, nacen, se desarrollan y evolucionan muy lentamente.

En realidad, podríamos decir que las páginas más culturales de los periódicos son las de opinión, en las que los editores y los columnistas, al interpretar la actualidad desde su peculiar cosmovisión cultural, no solo influyen en la opinión pública a corto plazo, sino en el clima de opinión a medio plazo y, por ende, en los cambios culturales a largo plazo.

Cultura y «culturas de»

Quedando más o menos clara la diferencia entre cultura y expresiones culturales (especialmente las artísticas), convendría –antes de abordar el significado del concepto de cultura– tener en cuenta otro tipo de resignificación de este concepto que es relativamente reciente. Y es que se ha convertido en tópica la expresión «cultura de», atribuida a un sinnúmero de instituciones (la cultura de esta empresa, la cultura de este partido político, la cultura de esta organización, etc.) o a un sinnúmero de ideas (la cultura de la vida, la cultura de la tolerancia, la cultura del esfuerzo, etc.).

En realidad, este uso del concepto de cultura en sí mismo no es desafortunado. Al contrario, nace del reconocimiento del auténtico significado de la cultura,

aplicado a ese sinfín de realidades. Pero, como bien sabemos, no se trata de culturas diferentes, como son las culturas mutables sujetas a las coordenadas del espacio y del tiempo, sino más bien de expresiones que lo que nos vienen a decir es que existe un sustrato cultural determinado que constituye la esencia de su identidad y que se refiere, en el fondo, a las raíces culturales de esta u otra institución, de este u otro valor, etc. Con todo, su uso tópico y desmesurado también podría menoscabar el concepto de cultura.

De hecho, habría que distinguir varios niveles que significado cuando utilizamos el significante «cultura de». Por un lado están las «culturas de» tópicas, que intensifican indebidamente el concepto de cultura, dándole un significado carente de valor objetivo suficiente. Son fáciles de identificar: la cultura de esta empresa, la cultura de este gobierno, la cultura de este proyecto, etc. Donde dicen cultura podrían decir más bien criterios, fundamentos, principios..., o bien estrategias, estilo, modalidad, planteamiento, etc.

Por otro lado están las «culturas de» que justifican el recurrir al concepto de cultura para definir propuestas o procesos culturales de peso. También son fáciles de identificar: la cultura de la vida, la cultura de la diversidad, la cultura de la integración, etc. A veces, en este nivel de adecuación del concepto de cultura se prescinde del «de» y directamente se adjetiva: la cultura humanística, la cultura liberal, la cultura mediática... Y aquí precisamente es donde se sitúa el concepto

que titula este libro: la cultura del encuentro, de cuyo significado y proyección hablaremos más adelante.

Aproximación al concepto de cultura

Después de haber intentado despejar la posible confusión conceptual entre cultura, expresiones culturales y «culturas de», es buen momento para aproximarnos al concepto de *cultura*¹.

La acepción de cultura más usada científicamente es la antropológica, según la cual –en palabras del antropólogo Marvin Harris– «una cultura es el modo socialmente aprendido de vida que se encuentra en las sociedades humanas y que abarca todos los aspectos de la vida social, incluidos el pensamiento y el comportamiento»². Se trata de una definición que se adecua acertadamente a lo definido, aunque es perfecta. En su amplitud y generalidad, es el concepto más aplicado por la antropología cultural, por la cual los antropólogos, junto con los arqueólogos, describen los rasgos identificativos de culturas ancestrales a partir de los vestigios y huellas que la arqueología nos proporciona.

¹ Cf. M. M. BRU, *¿Ha fracasado la Nueva Evangelización? El desafío misionero de la acogida a cercanos, alejados y lejanos de la fe cristiana*, San Pablo, Madrid 2023, pp. 170-173.

² Cf. M. HARRIS, *Teorías sobre la cultura en la era postmoderna*, Crítica, Madrid 2000, 224 pp.

Pero, a mi modo de ver, la acepción más amplia y acertada es sin duda la filosófica y humanística, como la del filósofo español Ortega y Gasset. Solía decir que la cultura salva al hombre del «naufragio vital», pues le proporciona un sentido a su vida: «La cultura es, en el fondo –dice Ortega y Gasset–, un movimiento nautorio, un bracear del hombre en el mar sin fondo de su existencia con el fin de no hundirse; una tabla de salvación por la cual la inseguridad radical y constitutiva de la existencia puede convertirse provisionalmente en firmeza y seguridad. Por eso la cultura debe ser, en última instancia, lo que salva al hombre de su hundimiento, una salvación que no debe ser, por otro lado, excesiva, porque el hombre se pierde en su propia riqueza; y su propia cultura, vegetando tropicalmente en torno a él, acaba por ahogarle. La cultura podría definirse, así, como aquello que el hombre hace, cuando se hunde, para sobrenadar en la vida, pero siempre que en este hacer se cree algún valor»³.

Por tanto, aquí entendemos el concepto de cultura desde una perspectiva dinámica, no estática, la que le dio Ortega y Gasset desde su racio-vitalismo, cuya otra definición de cultura que dio en 1930 sigue siendo perfectamente actual: la cultura es «el sistema de ideas desde las que cada tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde

³ Cf. «Cultura» en J. FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, 1ª parte, Madrid 1995, pp. 391-392.

unas ideas determinadas, que constituyen el suelo donde apoyar su existencia»⁴. Entendiendo por ideas muchas más cosas: sentimientos, valores, costumbres...

Por eso, también nos puede ayudar a este propósito de ahondar en la noción real y sin reduccionismos de cultura, el concepto de cultura complexiva del teólogo anglicano John Robert Scott, que la definió de este modo: «Una cultura es un sistema integrado: de creencias (acerca de Dios, de la realidad, del sentido último), de valores (de lo que es verdadero, bueno, bello y normativo), de costumbres (cómo comportarse, relacionarse con otros, hablar, rezar, vestir, trabajar, jugar, comerciar, comer, etc.) y de instituciones que expresan dichas creencias, valores y costumbres (gobiernos, juzgados, templos, iglesias, familia, escuelas, hospitales, tiendas, sindicatos...), que entrelazan una sociedad y le dan sentido de identidad, dignidad, seguridad y continuidad»⁵.

El Concilio Vaticano II también nos dejó una magnífica definición de cultura, pensada en relación a la inculturación de la fe: «Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más

⁴ Cf. J. ORTEGA Y GASSET, *Misión de la Universidad*, Espasa Calpe, Madrid 2015, 144 pp.

⁵ J. MARTÍNEZ, S.J., *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*, Sal Terrae, Maliaño 2017, p. 15.

humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano (GS 53).

Culturas circundantes: culturas autóctonas y cultura predominante

Cuando hablamos de la cultura de hoy, o incluso cuando en retrospectiva hablamos de la cultura en tiempos remotos, o en prospectiva de la cultura venidera, siempre nos referimos a la cultura circundante. Es decir, la cultura concreta en la que hemos nacido, hemos sido educados, vivimos y compartimos con nuestro entorno más cercano las claves esenciales, tanto cognitivas como axiológicas y existenciales de nuestra vida.

Y la cultura circundante, fundamentalmente, se divide en dos: la *cultura autóctona*, vinculada históricamente a nuestro entorno, a nuestro pueblo, región, nación, continente, etc., también mencionada bajo el concepto de «cultura tradicional», y la *cultura globalizada predominante*, que forma parte también –y a veces con mayor incidencia que la autóctona– de nuestro humus cultural vital y concreto, pero que aspira y tien-

de a la universalidad, a la globalidad, a no quedar contenida en una sociedad o un pueblo geográficamente determinado.

¿A qué nos referimos entonces cuando hablamos de diversidad de culturas autóctonas? Volviendo al Concilio Vaticano II, los padres conciliares se tomaron muy en serio que no podemos hablar de una cultura, sino de una diversidad de culturas: «De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra cultura asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escalas de valores diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada comunidad humana. Así también es como se constituye un medio histórico determinado, en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que recibe los valores para promover la civilización humana» (GS 53).

Para el filósofo italiano Giuseppe Maria Zanghí, el factor concluyente que identifica la existencia de una cultura determinada es la verificación de la existencia de una unidad hacia la que confluyen la multiplicidad de expresiones humanas en un lugar y un tiempo determinados. Pero se trata de una unidad que no queda

encerrada en ese espacio y en ese tiempo, sino que encierra un dinamismo de apertura que no la hace diluirse sino desplegarse. De tal suerte que «el uno que reúne en sí las múltiples expresiones humanas, convirtiéndolas en cultura, es un centro dinámico que impulsa hacia el progreso de la cultura, es un centro que se expande y, como tal, impide que la cultura se repliegue en sí, aislándose en el tiempo y en el espacio»⁶. Lo que puede amenazar su disolución no es nunca su capacidad intrínseca de evolucionar, sino la acción externa, por la que puede ser destruida o sometida a un choque cultural o a un colonialismo cultural.

De hecho, el concepto de cultura autóctona es importantísimo en el contexto de globalización progresiva en el que estamos, no solo por estar las culturas autóctonas amenazadas por la cultura global predominante, sino porque el proceso de globalización genera sociedades cada vez más plurales, que se encuentran en la encrucijada de convertirse en meras sociedades pluriculturales y multiculturales (coexistencia de culturas autóctonas en un mismo entorno social), o de procurar alcanzar el estatus de sociedades interculturales (integración y mutuo enriquecimiento de culturas autóctonas, unas con otras, en un mismo entorno social).

Y ¿a qué nos referimos entonces cuando hablamos de cultura globalizada? Empecemos por recordar qué

⁶ G. M. ZANGHÍ, *Evangelio y cultura. La tercera navegación*, Ciudad Nueva, Madrid 2017, p. 49.